

**Raúl Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, 276p.**

Daniel Morán <sup>1</sup>

UNMSM-UNSAM-IDEAS

[aedo27@hotmail.com](mailto:aedo27@hotmail.com)

*“Si las facciones elitistas estaban aprendiendo a utilizar los tumultos y la movilización de grupos subalternos para resolver sus disputas, los sectores subalternos también estaban haciendo sus propios aprendizajes. Y si hacían falta tal diversidad de engaños, promesas y dinero resulta que la adhesión debía ser conseguida y no resultaba simplemente de relaciones de obediencia, que era preciso contar con una trama de mediadores y articuladores sociales y que los sectores subalternos experimentaron la necesidad creciente que los grupos elitistas tenían de ellos” (p. 63).*

Esta reflexión de Raúl Fradkin sintetiza en muchos aspectos los nuevos argumentos de la renovada historia social y política que se viene desarrollando en Argentina referente al papel de los sectores populares en el proceso de las guerras de independencia. Se percibe que aquella participación no fue, como sostuvo la historiografía tradicional, una simple marcha de individuos autómatas, sin dirección propia, carente de sentido político y arrojado totalmente a los vaivenes políticos e intereses particulares de los grupos de poder. Por el contrario, la renovada tendencia de la historiografía argentina reciente incide en advertir el determinante desempeño de los grupos subalternos en el ciclo revolucionario, en los diversos escenarios de las guerras de independencia y en la relación estrecha que mantuvieron con la elite revolucionaria, llegando a negociar su adhesión a la revolución.

En ese sentido, el libro editado por Fradkin, *¿Y el pueblo donde está?*, intenta “*un acercamiento al variado universo de la ‘gente del común’ de las ciudades, los pueblos y los campos, a esos conglomerados sociales multifacéticos que compartían un status subordinado en el orden colonial y cuya historia (y la de sus intervenciones políticas) aún está por ser descubierta*” (pp. 10-11). Esta perspectiva, explica la composición del

---

<sup>1</sup> Licenciado en Historia (UNMSM, 2008) y candidato a Magister en Historia por la Universidad Nacional de San Martín-Instituto de Estudios Sociales, Argentina. Becario Roberto Carri (2009-2010).

libro en dos partes bien definidas: por un lado, Gabriel Di Meglio y el propio Raúl Fradkin analizan la participación popular en Buenos Aires, centro del poder revolucionario a partir de 1810; y, por el otro, Beatriz Bragoni (Mendoza), Ana Frega (la Banda Oriental), Sara Mata y Gustavo Paz (Salta y Jujuy) y Silvia Ratto (el espacio pampeano y patagónico), estudian el interior del Río de la Plata y, en cierta forma, la relación que estos espacios mantuvieron con la capital revolucionaria.

En el primer trabajo, "*Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829): Un ejercicio de exploración*", Fradkin observa en dicha coyuntura un ciclo tumultuario en donde las acciones colectivas de los grupos subalternos encuentran un canal de intervención que sería decisivo en la configuración de la cultura política plebeya. Estos tumultos originarían en los grupos de poder temores y precauciones por controlar toda signo de insubordinación popular. Por ello, el análisis del autor sirve de manera esencial para apreciar en proceso las variaciones de los intereses de las elites y la politización popular. Como indicó Fradkin en el ciclo revolucionario tanto las elites como los grupos subalternos estaban aprendiendo a medir el potencial y los límites de las movilizaciones sociales, a tomar conciencia del papel que podía cumplir el pueblo como un actor social determinante y de la necesidad de contar con mediadores y articuladores sociales para negociar precisamente la participación popular en la revolución. Por lo tanto, en apreciación del autor, se puede argumentar la existencia de una relación vinculante, en cierta manera "*horizontal*", entre los grupos sociales sujeta al contexto y a todos los límites que la coyuntura podía ofrecerles.

Por su parte, en el segundo texto, "*Las palabras de Manuel. La plebe porteña y la política en los años revolucionarios*", Gabriel Di Meglio, a partir del análisis de sumarios militares y una cantidad significativa de fuentes diversas, se ha detenido a estudiar algunos levantamientos milicianos acaecidos durante la revolución. Tal es el caso del levantamiento de sargentos, cabos y soldados del cuerpo de pardos y morenos de la milicia de la capital desarrollado en febrero de 1819. Este movimiento significó la desobediencia de la plebe por la orden del Gobierno y del Cabildo "*de abandonar sus casas para acuartelarse*", ocasionando que los milicianos tomen las armas "*para resistir la medida.*" El juicio sumario abierto a los implicados produjo evidencias novedosas sobre los móviles del movimiento plebeyo. Mientras defendían su actuación "*apelando a que se habían violado sus derechos milicianos*", abrían también la posibilidad "*de hacerlo con las armas en la mano y eso preocupaba fuertemente a las autoridades y a la elite porteña*" (p. 79). Este argumento ha sido corroborado por el

autor en diversos motines y levantamientos sucedidos en toda la década revolucionaria. Por ejemplo, en el motín de las trenzas de 1811 y en el conato de levantamiento entre la compañía de pardos y morenos en 1813 (pp. 75-82). Igualmente, el papel político de la plebe pudo percibirse en acontecimientos que implicaron cambios en el gobierno revolucionario. Tales son los casos de las intervenciones populares en las jornadas del 5 y 6 de abril de 1811, del 23 de septiembre del mismo año y los de julio y octubre de 1812 (pp.84-89). En otras palabras, para Di Meglio, la revolución en Buenos Aires trajo una activa participación, aunque subordinada pero decisiva, de la plebe en los asuntos relacionados con el gobierno. Por ello, debe entenderse su inclusión y participación política como una búsqueda por satisfacer sus intereses y obtener beneficios en la configuración social y política de la sociedad rioplatense.

Esta realidad del centro del poder político mantiene semejanzas como especificidades con los espacios regionales. En esa tendencia, el tercer estudio, *“Esclavos, libertos y soldados: La cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución”*, de Beatriz Bragoni, desarrolla la rebelión de negros y soldados de los cuarteles urbanos de Mendoza que fuera desbaratada antes de su ejecución en mayo de 1812. El estudio de este movimiento popular, a partir de un voluminoso expediente de procesos criminales y un conjunto de sumarias militares, permite sostener una reinterpretación diferente de la revolución en Cuyo y del papel de los sectores subalternos en el desarrollo de estos acontecimientos. En palabras de Bragoni, esta rebelión nos ofrece la oportunidad de captar *“las formas en que la revolución y la guerra fueron pensadas y vividas por lo negros, pardos y mulatos involucrados súbitamente al mundo político”* (p. 110). Este movimiento calificado como una *“sublevación contra los amos y el propio gobierno”*, tenía como motivo principal la obtención de la libertad para todos y la afiliación de los esclavos emancipados a la junta de Buenos Aires y su inserción en los ejércitos revolucionarios rioplatenses. Fue, precisamente, este argumento el que alegaron los jueces encargados del juicio sumario, resaltando el interés patriótico de los rebeldes y eximiéndoles de toda condena y procurando su ingreso a las fuerzas patriotas (p. 124-133). Por lo tanto, Bragoni incide en ver a esta rebelión como un indicio significativo de la politización de la plebe y el alcance de la revolución en el espacio regional, incluso, antes de que adquiriera mayor impulso cuando San Martín en 1814 forme en Mendoza el Ejército Unido de los Andes, con la participación importante de negros libres y esclavos, e inicie su proyecto continental de liberación de Chile y Perú (pp. 134-136).

Por otro lado, en el cuarto trabajo, *“Los infelices y el carácter popular de la revolución artiguista”*, Ana Frega insiste en advertir la participación de negros, indios y criollos pobres en la revolución radical liderada por Artigas en la Banda Oriental. La autora señala que *“la movilización de los infelices, necesaria para la conformación de los ejércitos, era vista con recelo por las minorías dominantes que percibían el alzamiento como un acortamiento de la distancia social”* (pp. 151-152). De ahí entiende porque las elites utilizaron el discurso del desorden, la anarquía y la subversión social, que ocasionarían los sectores populares, para justificar diversas formas de apego a otros Estados y la defensa de la monarquía como garante para el establecimiento de un orden estable. Entonces, es importante observar que el denominado radicalismo popular estuvo plagado de características propias a los grupos involucrados en las guerras y las alianzas y beneficios que estos grupos subalternos pudieran recibir de los líderes revolucionarios. Incluso, como señala Frega, lo realmente novedoso de la relación entre Artigas y los infelices estuvo en: *“el desafío a la autoridad del caudillo si no se satisfacía la demanda de permanecer en los campos que habían ocupado. Lejos de ejercer un control indiscutible [...], la autoridad de Artigas sobre las tropas orientales [...] estaba condicionada al cumplimiento de los compromisos contraídos en la lucha”* (pp. 154-155).

Al respecto, los estudios de Sara Mata y Gustavo Paz ofrecen otra interesante entrada para comprender esas mediaciones entre la plebe y los líderes revolucionarios. Sara Mata, en el quinto estudio, *“Insurrección e independencia. La provincia de Salta y Los Andes del Sur”*, busca reflexionar acerca del carácter y la dinámica de estas insurrecciones en donde *“sectores muy amplios de la población aspiraron, a través de la movilización y la guerra, alcanzar significativos cambios en sus condiciones de vida y en su participación política y social”* (p. 180). Estas transformaciones supusieron la inserción de los gauchos en las milicias lideradas a partir de 1814 por Martín Miguel de Güemes en Salta y Jujuy para contrarrestar el avance de los ejércitos realistas. En plena revolución, el líder de los gauchos tuvo que negociar la participación de sus milicianos y de sus jefes locales como condición central para acumular, controlar y manejar todo el poder militar y político que pudo adquirir en esa coyuntura revolucionaria (p. 191). No era entonces una filiación desinteresada y puramente patriótica, las circunstancias de la guerra y el manejo político, a través de concesiones diversas, permitieron que Güemes pudiera movilizar a los gauchos por más de 7 años que duró la guerra de recursos librada con las fuerzas realistas (pp. 207-208).

En esta misma perspectiva, Gustavo Paz, en la sexta investigación, “*Reordenando la campaña: La restauración del orden en Salta y Jujuy, 1822-1825*”, desarrolla las diversas propuestas y medidas tomadas a partir de 1822 por las nuevas autoridades para reordenar la campaña y restaurar el orden en aquellos espacios. Esta reordenación organizada entre 1822-1825 causaría múltiples tensiones sociales y étnicas entre los sectores subalternos y las elites políticas. Si bien se pensó que con la muerte del líder de los gauchos, se volvería inmediatamente al sistema anterior, en donde las elites locales monopolizaban todo el poder, la realidad mostró, en un primer momento, otra respuesta. El *quid* del problema estuvo en hacer efectivas las exigencias de las elites de revocar “*la excención del pago de arriendos a los gauchos*”, que durante el mandato de Güemes habían adquirido aduciendo su activa participación en la defensa de la patria. La anulación que pedían los grupos de poder no se pudo concretar ni en 1822 ni 1823, debido al fuerte poder que aún conservaban los gauchos en la configuración política de aquel espacio regional.

Sería recién con el ingreso del nuevo gobernador José Antonio Álvarez de Arenales en 1824 que podrá hacerse efectiva la reordenación de la campaña a través de la aplicación de tres medidas puntuales: “*la reducción en cantidad y número de efectivos de los escuadrones de milicia, la reducción de los privilegios concedidos por Güemes a los gauchos (la excención de los arriendos y el fuero militar) y el cumplimiento del conchabo como manera de controlar a la población rural*” (p. 217). Estas medidas aplicadas desde la promulgación del nuevo reglamento de milicias de 1824 ocasionaron paulatinamente la desmovilización de los temidos sectores populares y, en 1825, las elites locales pudieron arrogarse haber domado a los gauchos y restaurado el orden en Salta y Jujuy.

Finalmente, en el último estudio del libro, “*¿Revolución en las pampas? Diplomacia y malones entre los indígenas de Pampa y Patagonia*”, Silvia Ratto ha incidido en analizar el papel de los indios en la revolución rioplatense, específicamente de los grupos indígenas soberanos de la Pampa y Patagonia. La idea de la autora es advertir el impacto de la revolución entre las poblaciones nativas de las regiones fronterizas. Parte de la idea de que dicho impacto “*fue diverso y no se vinculó de manera directa y necesaria con los proyectos políticos de los grupos patriotas*” (p. 224). Esta tendencia se explicaría porque en aquellos espacios los diversos grupos mantuvieron vinculaciones entre sí tanto por relaciones de alianzas como de conflicto, resultando fundamental, en ese sentido, el papel de los jefes étnicos aprovechando la diversidad de

alternativas que la guerra y la revolución había generado en estos espacios. Entonces, era claro que “*las alianzas no se hacían en apoyo a tendencias políticas*” que tuviese poco significado en los líderes indios, sino que “*éstas se definían por las relaciones personales que existían con algunos personajes hispano criollos que, a su vez, ofrecían a los caciques beneficios por la alianza.*” Por lo tanto, “*su incorporación a uno de los dos bandos en pugna no significó el compromiso con una posición política determinada sino el auxilio como fuerzas militares que operaban según sus propios objetivos*” (p. 252).

Esta tesis ha sido percibida no sólo entre los grupos indígenas de las zonas de frontera que ha estudiado Ratto, sino, también, en la revolución radical artiguista de la Banda Oriental, en las relaciones establecidas entre Güemes, las elites locales y los gauchos en Salta y Jujuy; asimismo, en Mendoza, cuando la elite cuyana y la plebe propugnarían su adhesión a la revolución más aún a partir de la fuerte militarización iniciada por San Martín en 1814, incluso, en Buenos Aires como lo han demostrado Di Meglio y Fradkin. De la atenta lectura de todos estos estudios presentados en el libro, *¿Y el pueblo dónde está?*, se puede llegar a sostener que los sectores populares cumplieron un rol político y social protagónico en la coyuntura de las guerras de independencia. Y que su adhesión a la revolución manejó diversas opciones políticas de acuerdo a sus intereses y al contexto en el cual estuvieron inmersos como actores sociales activos y partícipes de la lucha revolucionaria. Estoy seguro que la sola enunciación de este argumento debe convertirse en una razón de peso para dedicar un poco de nuestro tiempo a reflexionar cada una de las páginas de este provocador libro editado por Raúl Fradkin en colaboración con sus experimentados colegas de oficio.